



INSTITUTO DE
ESTUDIOS URBANOS
Y TERRITORIALES

ISSN impreso - 0250-7161
ISSN electrónico - 0717-6236

eure

REVISTA LATINOAMERICANA DE ESTUDIOS URBANO REGIONALES
Vol. XXIII / N° 97 / DICIEMBRE 2006

Seguridad, desigualdades

*Fernando Carrión Mena**
Jorge Núñez-Vega

La inseguridad en la ciudad: hacia una comprensión de la producción social del miedo

Abstract

This article questions about how fear is socially produce in urban context. The main objective is to analyze the relation between insecurity and representation of violence in statistics, and insecurity and urbanism, from a perspective define as urban imaginaries. The study is based on the research results of the investigation project called Urban Imaginaries coordinated by Armando Silva. The essay concludes that the social sense of fear is the result of multiple intersections of discourses of citizen security and the political economy of cities.

Key words: Urban imaginaries, insecurity, fear, city

Resumen

Este artículo interroga la manera en que el miedo es producido socialmente. El objetivo principal es analizar la relación entre inseguridad y representaciones de violencia elaboradas estadísticamente; así como la relación entre inseguridad y urbanismo. El estudio está basado en los resultados de investigación del trabajo titulado Imaginarios Urbanos, coordinado por Armando Silva. El ensayo concluye que el sentido social del miedo depende de múltiples encuentros entre el discurso de la seguridad ciudadana y la economía política de las ciudades.

Palabras clave: Imaginarios urbanos, inseguridad, miedo, ciudad

1. Introducción: la gramática del miedo

“El tema de la inseguridad quizá sea el imaginario más fuerte que se manifiesta en las ciudades de América Latina”

Armando Silva (84; 2003)

¿Cómo se produce socialmente el miedo? ¿La ciudad es una de las causas del miedo? ¿En qué condiciones el miedo se convierte en principio urbanístico? ¿Cuál es la realidad social del miedo en la ciudad? Con estas preguntas en mente, este ensayo propone una discusión sobre el fenómeno de la inseguridad en un terreno marcado por la dialéctica del miedo constituida entre imaginarios y urbanismos de la inseguridad ciudadana.

Analizar el miedo implica, de partida, entender su significado más allá de su definición psicológica. En este sentido, la palabra miedo dependerá del lenguaje desde donde es enunciada y de cómo se la ha construido socialmente, lo cual puede denominarse “imaginario del miedo”; concepto que expresa, retomando la metáfora de Armando Silva (2004), la invención de un Dios que termina controlando a sus creadores a través de la religión y la moral. Es decir, socialmente se construye un imaginario del miedo que después genera conductas de la población acordes con él.

Para Silva el imaginario es un elemento constitutivo del orden social; pero no como reflejo de la realidad, sino como parte integrante de ella en tanto define estructuras de significación fijadas en procesos históricos y culturales concretos en los cuales la gente da forma y sentido a su existencia.

Las ciudades son imaginadas de múltiples maneras por sus habitantes; respondiendo a complejas relaciones de poder y de mercado; es decir, de una economía política de la representación que marca la dirección, alcance y efectos de los imaginarios urbanos en cada caso particular.

Con este artículo se busca analizar la relación miedo y ciudad desde una perspectiva que dé cuenta de la emergencia de los imaginarios constituidos

en torno a la inseguridad ciudadana. Básicamente, se pretende mostrar la forma en que las percepciones de miedo se corresponden con el proceso de construcción de la ciudad, y como aquellos mantienen una relación dialéctica con ella. La idea fundamental es identificar la emergencia de los imaginarios del miedo en la ciudad.

Para ello se trabajará comparativamente las gramáticas del miedo en cuatro ciudades de América Latina, dos de ellas dentro de la Comunidad Andina de Naciones (Bogotá y Quito) con importantes tasas de violencia y las otras dos dentro del MERCOSUR (Montevideo y Santiago) con tasas relativamente bajas. Para llevar adelante esta tarea se atiende a dos lenguajes que permiten captar el significado de la palabra miedo en la construcción social del espacio urbano:

1. **Las cifras del miedo**, son aquellas percepciones, individuales o colectivas, producidas cuantitativamente sobre personas, lugares y/o fantasías urbanas con el objetivo de medir los índices de las violencias en la ciudad.
2. **Urbanismo y miedo**, perspectiva que hace referencia a las políticas de organización territorial que pretenden mitigar la inseguridad ciudadana mediante estrategias de gobierno de la estructura urbana.

Estos dos ejes de análisis tienen por objeto evidenciar la manera en que el miedo es un hecho social de representación colectiva, bajo la modalidad de los llamados imaginarios.

La lógica de exposición del artículo se divide en dos secciones.

- La primera atiende a las percepciones de inseguridad de modo comparativo en Bogotá, Quito, Montevideo y Santiago; partiendo de un análisis de los lugares del miedo existentes en cada uno de los casos, para finalmente ubicar las gramáticas del miedo en sus especificidades y paralelismos.
- La segunda sección relaciona el urbanismo y las políticas de seguridad basadas en la denominada “teoría de la ventana rota”. Con ello se pretende mostrar la manera en que se cruzan ambas prácticas-discursivas en la construcción del espacio urbano. Metodológicamente, en

Profesores – investigadores del Programa de Estudios de la Ciudad de FLACSO-Ecuador. E-mails: fcarrión@flacso.org.ec, jnunez@flacso.org.ec.

este punto se retoman los casos de Quito y Montevideo como casos paradigmáticos de la yuxtaposición y coexistencia de las políticas de seguridad ciudadana con las políticas urbanas de organización territorial.

2. Percepciones de inseguridad desde la información: el *locus* de los imaginarios de miedo

La estadística no es la simple representación cuantitativa de una realidad social, es también una creación que sirve para devolver al conjunto de la sociedad una imagen codificada de sí misma, sea para controlarla y catalogarla o modificarla. Desde esta perspectiva, la estadística es un mecanismo que permite el ejercicio del poder represivo o disuasivo a través del saber criminológico (Foucault, 1975). No obstante, la estadística puede ser también parte de un proceso de acumulación de conocimientos mediante los cuales las sociedades se organizan política y culturalmente. En otras palabras, la estadística puede ser simultáneamente estrategia de dominación o táctica de defensa, porque el complejo saber-poder estadístico no es monolítico ni unidireccional, sino un campo de fuerzas donde es posible observar diversas relaciones y articulaciones sociales (Bourdieu, 1999).

Esta dualidad de la estadística exige un análisis cruzado de las condiciones en que se produce, usa y difunde. En las estadísticas sobre violencia, dos situaciones previas condicionan significativamente sus resultados posteriores: por un lado, las tipologías analíticas con las cuales se mide tienen una carga

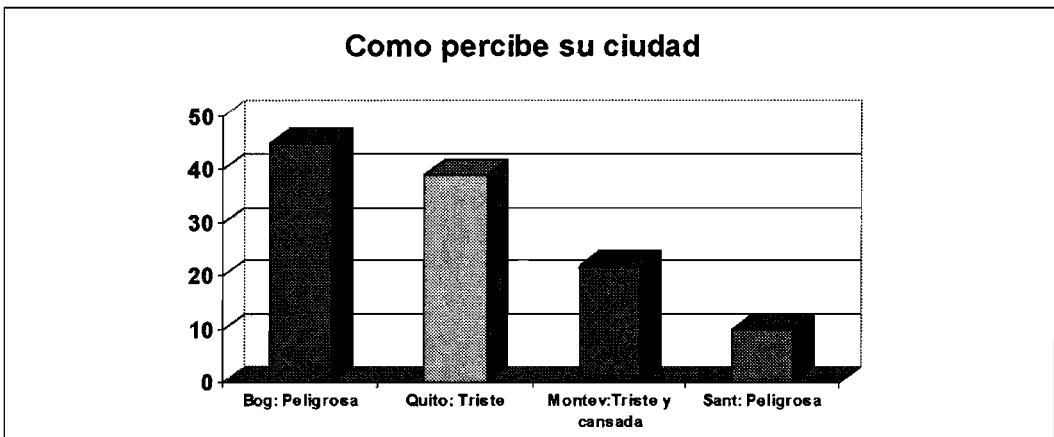
teórica y conceptual claramente identificable y, por otro, las fuentes de información utilizadas proceden de las instituciones encargadas de la administración monopólica de la violencia; por ejemplo, el incremento o decremento de homicidios es tomado casi exclusivamente de fuentes policiales.

Con estas precauciones, en esta sección se retoma los resultados de una encuesta realizada en varias ciudades de América Latina, la misma que fue utilizada en la elaboración del Proyecto Imaginarios Urbanos coordinado por Armando Silva en el marco institucional de la Universidad Nacional de Colombia y del Convenio Andrés Bello.

La encuesta buscó recopilar las percepciones ciudadanas particulares a través de un cuestionario dividido en cuatro áreas: 1) identificación, 2) ciudad, 3) ciudadanos, 4) otredades. La primera busca los diferentes puntos de vista desde los cuales se percibe la ciudad; la segunda pretende averiguar las percepciones sobre la ciudad en el sentido físico e histórico; la tercera parte se concentra en los ciudadanos y la manera de habitar e interpretar la ciudad; finalmente, el objetivo es conocer la percepción que las poblaciones de una ciudad tienen sobre las otras (Silva, 2004). En este artículo se utilizan los trabajos sobre Bogotá, Montevideo, Quito y Santiago. En cada ciudad el título del libro consistió en el nombre de la ciudad y el término imaginado.

Los imaginarios del miedo tienen planos distintos de aproximación que van desde la totalidad de la ciudad, pasando por sitios "emblemáticos" que ca-

Cuadro 1



racterizan a la urbe, para llegar a espacios diferenciados de ámbito menor. Los imaginarios del miedo son el producto de una dialéctica social que sintetiza en la realidad las percepciones de inseguridad con las políticas urbanísticas orientadas a la organización del espacio de la ciudad.

En el Cuadro No 1 se observa que las ciudades son adjetivadas por sus habitantes a través de un imaginario general que tiende a caracterizarlas como totalidad. Así, Bogotá y Santiago son ciudades percibidas como peligrosas cuando sus indicadores de violencia difieren sustancialmente de 48 a 2 por cien mil habitantes. En los casos de Quito y Montevideo se las asume como tristes. En otras palabras, en las dos ciudades iniciales el imaginario tiene que ver con la percepción de inseguridad y en las otras dos por un estado de ánimo; lo cual hace pensar que la violencia objetiva no es por sí misma la única variable que construye el imaginario del miedo.

Por otro lado, a pesar de haber utilizado la misma metodología de investigación y encuesta sobre percepciones en las cuatro ciudades, los libros de Montevideo y Santiago no trabajan explícitamente los imaginarios de miedo; las referencias a las percepciones de inseguridad son tangenciales o se encuentran subordinadas a otros temas urbanos, a pesar de que en las dos ciudades los indicadores de violencia sugieren un incremento significativo en los últimos años. Esto es particularmente importante en Santiago, que es percibida por sus habitantes como una ciudad insegura; lo cual plantea la pregunta: ¿cómo emergen estos imaginarios generales del miedo y cuál es su procedencia social y política si las tasas de homicidio son relativamente bajas?

En la siguiente aproximación se intentará reconocer que cada ciudad tiene ciertas “marcas territoriales” del miedo, donde sus poblaciones construyen y depositan un imaginario del temor, a partir de las cuales se extiende a la totalidad de la ciudad, sea por que su ubicación es estratégica, porque los medios de comunicación operan como caja de resonancia o porque la organización urbana de la ciudad desatiende selectivamente estos espacios emblemáticos.

En Bogotá, Armando Silva (2003) afirma que la zona denominada el Cartucho fue imaginada a través de un miedo que se extendió a la totalidad de la ciudad; tan es así que el 45% de la población sintió

miedo a este espacio, incluso sin haberlo conocido. En el caso de Quito, la calle Marín cumplió la misma función que el Cartucho, porque las dos zonas son áreas “deterioradas” desde el punto de vista urbanístico, se localizan en zonas de comercio informal, existen economías ilegales y se desarrollan actividades sancionadas negativamente por la moral de la ciudad; por ejemplo, el trabajo sexual o cualquier tipo de diversiones transgresoras.

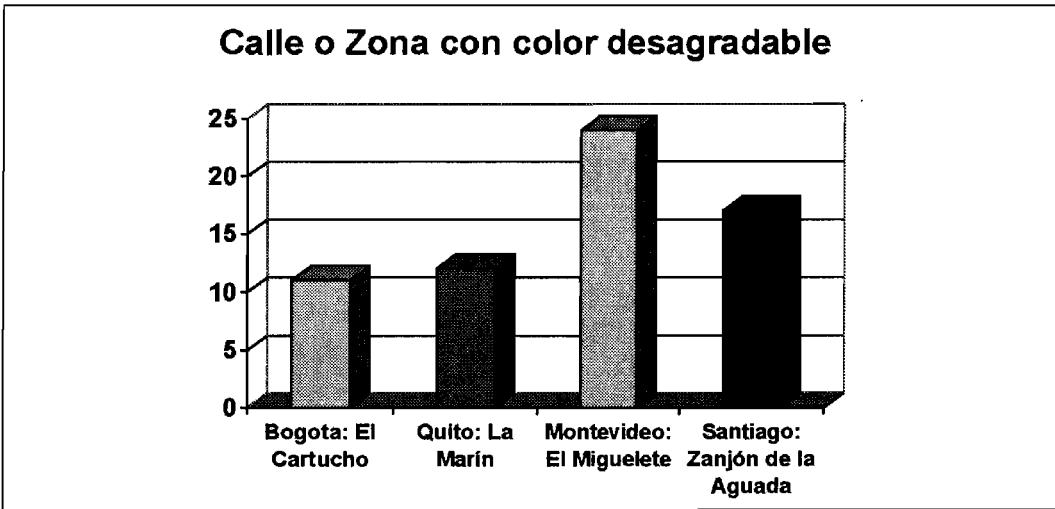
En Bogotá, fenómeno también presente en Quito con la Calle Ipiales, imagina la inseguridad en función de los llamados “sanandresitos”, sitios donde se venden artículos de contrabando y objetos de segunda mano o robados. Para los ciudadanos estas economías no son únicamente geografías marcadas por el miedo, porque también lo son del desorden y la ilegalidad, características que operan circularmente produciendo miedo. Además, se debe tomar en cuenta que en Bogotá y Quito las actividades informales han sido históricamente parte constitutiva de la economía urbana, lo cual las recubre de un halo de naturalidad y normalidad (Silva, 2003).

Adicionalmente hay que señalar que en Bogotá en el Cartucho y en Quito en la calle Ipiales fueron espacios donde se aplicaron procesos de “recuperación” urbana basados en lógicas orientadas a “destruir” o reubicar el comercio informal, lo cual tiende a modificar el “imaginario del miedo” inicial. Sin duda que el trabajo en el espacio público y sobre todo en aquél de referencia general para una ciudad, es un punto central de la llamada prevención situacional.

En lo referente a Santiago y Montevideo los imaginarios del miedo están relacionados con el abandono urbanístico de ciertos lugares de la ciudad, especialmente aquellos de origen natural, como son los dos riachuelos convertidos en cloacas y basureros en cuyas riberas se asientan sectores populares: Miguelete y Zanjón de la Aguada¹. Pero adicionalmente también dos Cerros emblemáticos como el Cerro Montevideo (de donde viene el nombre de Monte-video) y el Cerro Santa Lucía en Santiago, donde la población los considera lugares peli-

¹ En Quito está el Río Machángara y en Bogotá el Río del mismo nombre, que tienen características similares a los anteriores, lo cual muestra constantes interesantes en los cuatro casos.

Cuadro 2



Fuente. Resultados de encuesta presentados en Quito Imaginado.

grosos pero por razones diferentes: mientras en el primero habitan sectores populares empobrecidos, el segundo es un parque con alta carga simbólica.

Y por otro, aquellos lugares antrópicos producidos desde el urbanismo. Allí están las calles 18 de Julio en Montevideo, Paseo Ahumada en Santiago o la calle Jiménez en Bogotá, todas ellas con alta concentración longitudinal de actividades económicas informales.

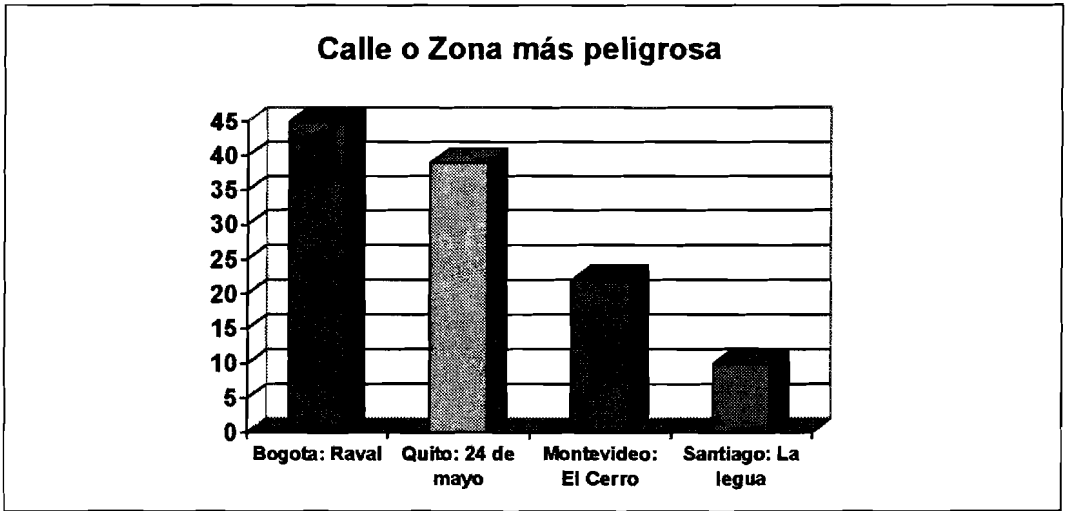
Es interesante resaltar que en la construcción del imaginario del miedo juega -en todos estos lugares- un papel significativo la cromática, cuestión que en general se le asigna poco valor. Si se compara el Cuadro No. 2, *Zona Insegura y color* y el No. 3, *Calles y lugares peligrosos en las cuatro ciudades* queda claramente expuesta esta apreciación, porque hay una correspondencia directa entre las zonas más inseguras con aquellas que se les considera tienen un color desagradable.

Esta consideración del color puede extenderse al sonido, a la temperatura y al olor que producen estos lugares. Los ríos que concentran basura generan miedo por el olor que producen. Los lugares centrales de las ciudades tienen temperaturas superiores a los de la periferia por la gran actividad comercial y social existente, cuestión que se asocia al temor. El sonido característico de las zonas de comercio callejero informal en unos casos atrae a los compradores y en otros repele a la población por la inseguridad que produce.

Una primera lectura de las particularidades y paralelismos de las percepciones de inseguridad nacidas en estos contextos permiten afirmar que el espacio urbano es soporte y productor de imaginarios del miedo a través del olvido, del deterioro y del tránsito así como también del comercio informal, la mala recolección de basura, la precaria iluminación, la cromática deficiente y la residencia de sectores empobrecidos. Todos estos elementos proyectan un imaginario de miedo a toda la ciudad gracias al eco que produce, por un lado, la constante existente de su ubicación en lugares céntricos de la ciudad y, por otro, a la existencia de información procesada y a la presencia en los medios de comunicación con sus políticas explícitas².

² En el caso de Lima se pueden señalar casos similares, que dan lugar a pensar en ciertas constantes: elementos naturales como el Río Rimac y el Cerro San Cristóbal, o socio-urbanos, como las Malvinas y el Jirón de la Unión, muestran exactamente lo mismo que las otras cuatro ciudades: los lugares del miedo de la ciudad están en la centralidad urbana, vinculados a ciertos hitos naturales (cerros y ríos) y urbanos (calles y zonas) donde los sentidos transmiten percepciones de los lugares (olor, color, temperatura, sonido) a los que la política urbana les ha dado las espaldas: deterioro, mala recolección de basura, iluminación deprimente, concentración de comercio informal, etc.

Cuadro 3



Fuente. Resultados de encuesta presentados en Quito Imaginado.

Estos imaginarios del miedo operan como caja de resonancia para que el conjunto de la población demande la formulación de políticas de seguridad ciudadana. En otras palabras, la seguridad ciudadana se ha convertido en una demanda social ligada al incremento de las percepciones de violencia y altamente vinculada a estas “marcas territoriales”. En unos casos estas políticas se dirigen hacia estos espacios específicos mediante procesos de renovación urbana y en otros con estrategias particulares de seguridad ciudadana (policía, cámaras).

Estas últimas se apoyan en la producción de información estadística sobre violencia, cuestión que ha sido un punto de partida fundamental en las cuatro ciudades. Este interés ha permitido mostrar fenómenos de violencia que antes no eran tomados en cuenta, como por ejemplo, la violencia intrafamiliar que se aprecia con un incremento en la producción de estadística y estudios que han hecho visible su presencia (Carrión y Núñez, 2005).

Adicionalmente la información sobre violencia es utilizada por los medios de comunicación para la elaboración de sus materiales noticiosos, lo cual ha permitido el ingreso a la vida cotidiana y la configuración de imaginarios urbanos que trascienden el sitio o la zona. No obstante, es pertinente hacer una distinción entre la información difundida por la prensa y la televisión, porque mientras los periódicos usan la información estadística para el tratamiento temá-

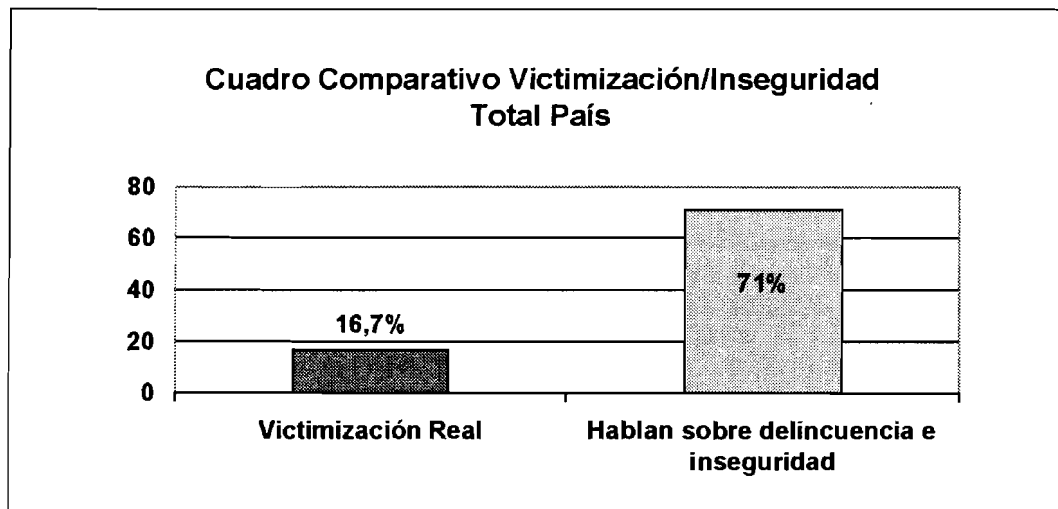
tico de los fenómenos de violencia, la televisión procesa y mediatiza desde las retóricas de crónica roja; sin embargo, unos y otros bajo una óptica de espectacularización de la noticia y de la construcción de la seguridad desde un supuesto orden público único e indiscutible.

Las percepciones de inseguridad brindan una pista significativa sobre la constitución de imaginarios del miedo en la ciudad, no sólo porque las percepciones de la violencia difieren de los casos reales—hecho que se conoce gracias a las encuestas de victimización donde generalmente la percepción de inseguridad es tres veces mayor que los casos de violencia—sino porque el sentido del miedo y sus manifestaciones varían según el contexto en que son producidas (Ver Cuadro 4).

Susana Rotker (2000: 8) explica estas variaciones haciendo una crítica a la estadística de la violencia: “Las cifras suelen ser el primer recurso del que se echa mano para intentar comunicar la experiencia o la desmesura de la violencia social en lo cotidiano, pero las cifras se vuelven imagen o sonido hueco, canto repetido y gastado por la rutina, así se regrese a ellas para intentar hacer creíble los relatos”.

Desde esta perspectiva, si bien el estudio de Montevideo no trata el tema del miedo estadísticamente, sí lo hace de manera indirecta cuando se refiere a los jóvenes y su territorialidad; así

Cuadro 4



Fuente. Encuesta de Victimización, FLACSO – Ecuador 2003

tenemos que a los jóvenes se les adjudica un uso del espacio público a través del consumo de alcohol y drogas ilegales (Álvarez, Huber y Silva, 2004), con lo cual uno y otro terminan marcados por los imaginarios del miedo. El joven es peligroso, más si consume productos psicotrópicos y mucho más si lo hace en el espacio público.

La relación de los jóvenes con el espacio público y la violencia se construye sobre un complejo estereotipo social que depende de múltiples factores antropológicos. El estudio de Montevideo sobre imaginarios urbanos no da cuenta de las prácticas discursivas que sostienen y reproducen esta clase de representaciones colectivas; sin embargo, otros estudios sobre jóvenes advierten sobre la participación perversa de los medios de comunicación, los cuales operan como vectores de significaciones culturales. (Andrade, 2004)

Dichos estereotipos y estigmas -avalados y elevados a categorías analíticas por académicos- suelen ser utilizados para descontextualizar y esencializar a la gente agrupada en un rango de edad determinado. Por ejemplo, se habla de “culturas juveniles” para referirse a una serie de manifestaciones y retóricas de un grupo poblacional definido por su condición etárea.

Santiago de Chile también imagina el miedo y la inseguridad, según Ossa y Richard (2004), a través de los medios de comunicación de masas que con-

trolan y administran las representaciones de la urbe; las cuales se ven promocionadas por un abandono paulatino del espacio público por parte de los habitantes de la ciudad y por el copamiento de la opinión pública de un modelo televisivo que da vida a personajes mediáticos que encarnan la violencia. Así tenemos como ejemplo:

“...apodado el Tila, también deterioró la insignificancia de lo habitual con asesinatos y violaciones que sometieron la ciudad al terror y a la expectación sensacionalista generada alrededor de la muerte violenta. Apodado el “sicópata de La Dehesa” se convirtió -durante 2002- en la encarnación de todos los errores mundanos y en la falla de todos los servicios asistenciales. La prensa encontró en él la medida justa del asesinato en serie; con una personalidad compleja e inapropiable para el perfil del ratero común, sirvió de espectro a las cadenas informativas que intentando explicar su desvarío, lo reeditaban -todos los días- en versiones inconexas que iban desde la psicología clínica hasta el doble cinematográfico; desde la conjetura policial a la sentencia conductista avalada por remozadas tesis de darwinismo social”.

A modo de conclusión inicial se puede afirmar que las estadísticas sobre violencia han sido producidas por los gobiernos locales para enfrentar la inseguridad ciudadana, pero también han sido utilizadas por los medios de comunicación para producir representaciones de inseguridad, cuya repercusión

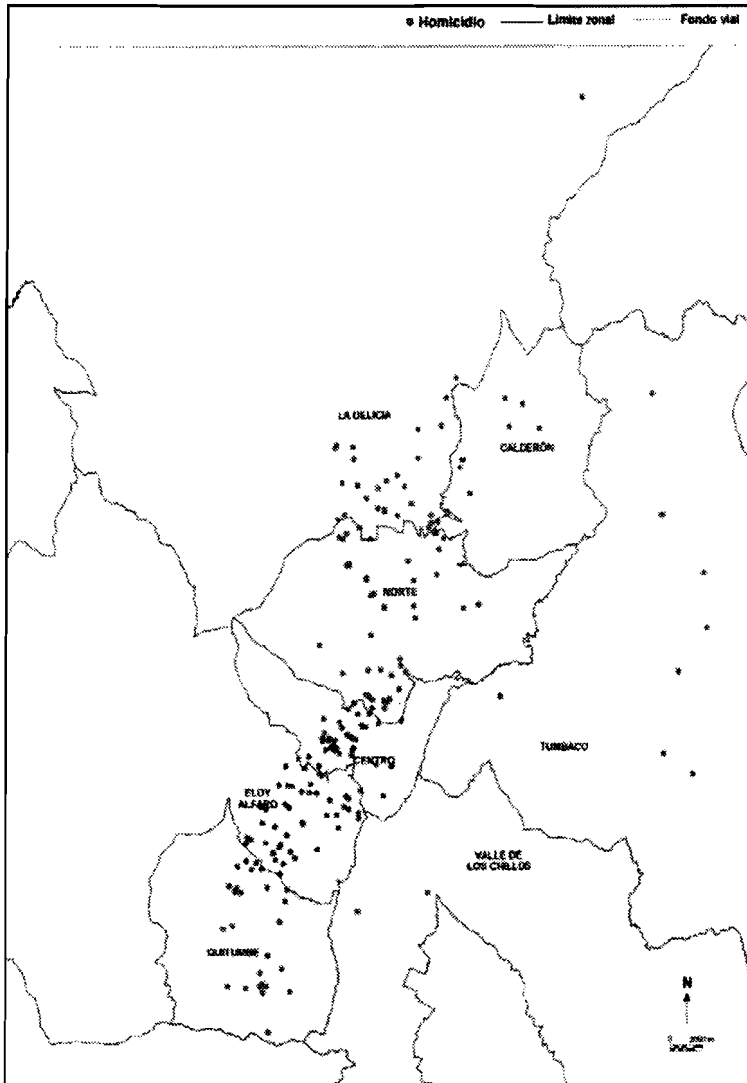
más visible han sido la estigmatización de los espacios urbanos donde los índices de delincuencia suben. Por ejemplo, la metodología con la que los municipios realizan los “mapas de la violencia” es llamado sistema de georreferenciación y sirve para localizar en espacio y tiempo los hechos delictivos de la ciudad.

Así, fácilmente, aparecen los calificativos de zona roja, barrio peligroso, calle del hampa y parque inhóspito, que terminan por sellar esta condición en el imaginario de la población. En otras palabras la esta-

dística se convierte, a partir de los usos que hacen los medios de comunicación, en un mecanismo constructor de imaginarios del temor y del miedo en la ciudad.

En el Gráfico siguiente se pueden reconocer claramente los lugares de concentración donde se cometen los hechos delictivos más comunes. Una cosa es esta información y otra es la representación que de ella hacen los medios de comunicación, para producir esas simplificaciones que termina por estigmatizar barrios, calles o zonas de la ciudad.

Gráfico 1. Representación espacial de la delincuencia en Quito.



Fuente. Observatorio de Seguridad Ciudadana, Quito.

De este modo, en las ciudades donde la estadística es una herramienta de política pública, los imaginarios del miedo se encuentran relacionados con la manera en que se representa el delito. Así, las estadísticas sobre delincuencia están relacionadas con *locus* territoriales que definen las percepciones de miedo de los ciudadanos. Los índices de violencia adquieren sentido en función del espacio urbano.

También es evidente el papel protagónico de los medios de comunicación en la producción de los imaginarios del miedo. El lenguaje mediático alberga y soporta estructuras estereotipadas de significación sobre grupos sociales determinados como los jóvenes. Habría que hacer una exploración más minuciosa para determinar la manera en que las categorías de clase, "raza", género y ciudadanía intervienen en la configuración de estos imaginarios, los cuales terminan destituyendo y desheredando socialmente a determinados sectores de la sociedad.

La violencia en la escena mediática se personifica. El delincuente televisivo es un personaje que encarna todas las violencias de la sociedad, es el chivo expiatorio de un miedo producido y reproducido por el consumo masificado de la violencia. Sin embargo, hay que considerar que el delincuente televisivo necesita de personajes secundarios que le permitan ser el protagonista de la violencia mediática. Uno de ellos es el experto en temas de violencia, aquel que supuestamente puede explicar el comportamiento del delincuente, quien por su formación o experiencia comprende de alguna manera el punto de vista del criminal.

En esta dramaturgia de la violencia, las víctimas somos todos. Los testimonios de las personas que han sufrido un acto violento sólo sirven de tramoya para que el personaje principal se convierta en el delincuente televisivo, quien en realidad no existe porque se lo desprovee de vida, familia y trabajo, y su acción queda reducida al acto violento fuera de contexto y banalizado.

Adicionalmente hay que señalar que las cifras sobre violencia pueden convertirse en instrumentos represivos y justificaciones de prácticas contrarias a los derechos humanos; sin con ello sugerir su satanización. Los datos cuantitativos son necesarios para el análisis social, no obstante los investigadores

y hacedores de políticas deben estar concientes de la complejidad del fenómeno de la violencia, donde las tasas son un indicador que requiere ser contextualizado. Además, cualquier persona que emplee estadísticas sobre violencia debe considerar que las fuentes a partir de las cuales se construyen indicadores de violencia responden a determinados intereses institucionales que no pueden desconocerse a la hora de evaluar el valor de la información. Por eso, es necesario construir indicadores de violencia sobre preguntas y metodología de análisis social.

3. Urbanismo y miedo

El urbanismo es una herramienta de gobierno de la ciudad y su puesta en práctica está articulada a las relaciones de poder; tanto en el mantenimiento de la atomización de los ciudadanos como en su reagrupación dentro de espacios controlados. El urbanismo permite mantener *aislados y juntos* a los habitantes de una ciudad. (Debord, 2003)

En América Latina se observan dos fenómenos sociales que dan cuenta del campo de poder urbanístico en términos de la relación que existe entre la remodelación espacial de la ciudad y la reorganización social del espacio urbano. El primero se manifiesta en las políticas de patrimonio de los centros históricos, las cuales definen el uso de determinadas áreas y edificaciones en función de los criterios de la conservación arquitectónica. El segundo se expresa claramente en los proyectos denominados de "regeneración urbana" donde se aprecia la intervención en la construcción de espacios "públicos" genéricos, a los cuales sólo es posible acceder a través de los mercados de entretenimiento en calidad de consumidores.

¿Cómo se relaciona la geografía de la violencia y la estigmatización de actores sociales con el urbanismo? Un caso emblemático es el de la Avenida 24 de Mayo, calle del centro histórico de Quito, considerada la más peligrosa de la urbe por el 42% de sus habitantes. Esta calle tiene todos los calificativos negativos que puedan otorgarse a un espacio de la ciudad: peligrosa (31,3%), lugar de prostitución (28%), sucia (10%), y de mayor delincuencia (Aguirre, Carrión, Kingman, 2005). Pero la Avenida 24 de Mayo no es el único sector en Quito donde la dinámica urbana está marcada por estos elemen-

tos sociales; existen otros como La Marín, La Colmena o la Alameda, pero sí es un caso en el que vale detenerse.

Esta avenida 24 de Mayo fue en sus inicios el límite de la ciudad, primero como quebrada y luego como avenida. Hasta allí llegaba la ciudad siendo, por tanto, un icono identitario. Posteriormente se convirtió en un lugar para que la aristocracia quiteña pueda visibilizarse y representarse. Sin embargo, el crecimiento de la urbe hizo que la Avenida transforme su sentido y funcionalidad, convirtiéndose en el espacio de encuentro de la ruralidad con el mundo urbano. De allí en más cambia su contenido social y adquiere una condición simbólica vinculada a los sectores populares: será la venta ambulante de muebles, de curanderos, de yerberos y de lectores del futuro que llegan al lugar y lo hacen de la mano con las cantinas, cantantes, prostíbulos y hoteles. A partir de este momento se convierte, para la opinión pública y para las elites locales, en el lugar de expresión típico de los “bajos fondos”. Y esto permite concluir que la noción de peligro se construye socialmente: lo que para unos es un espacio de temor para otros puede que no lo sea.

En ese momento llega una propuesta que busca “recuperarla”. Se construye un viaducto subterráneo que prescinde de la Avenida y por tanto del centro histórico; posteriormente se transforma su funcionalidad como espacio de encuentro, memoria y relación gracias a una propuesta urbano-arquitectónica que rompe con los vínculos con la red social en la cual se sustenta, negándose el sentido de la perspectiva espacial como imagen. En otras palabras, el pasado fue desbordado por un sentido de futuro que lo negaba de raíz, lo cual hizo perder su condición de frontera, de zona de espectáculo, de bisagra con la ruralidad y de extracción popular para pasar a ser un “no lugar” destinado al miedo. Se le vació de contenido y hoy se manifiesta como caja negra que debe ser sorteada a como dé lugar.

Las políticas de patrimonio constituyen la expresión urbanística de las acciones que buscan organizar el espacio público mediante procesos de transmisión generacional que incluyen y excluyen a los sujetos patrimoniales según su posición en el conflicto. En Quito, por ejemplo, esas políticas no pueden entenderse fuera de la economía del turismo,

del saneamiento poblacional y la especulación inmobiliaria; mercados en los que adquieren sentido las estrategias de poder ejercidas sobre la memoria colectiva de la urbe, donde no sólo participa el Estado, sino una serie de instituciones y campos de fuerza. (Goetschel y Kingman, 2005).

Ana María Goetschel y Eduardo Kingman (2005) sostienen que el centro histórico, emblema patrimonial de la ciudad, se concibe como un espacio histórico pero al mismo tiempo deshistorizado. Un espacio controlado, ordenado y limpio, de espaldas a la propia ciudad y su historia. El modelo de renovación del centro histórico proyecta una estética de mall. “Espacio vigilado y aséptico, donde la gente puede moverse libremente, mirar, comprar, pero como parte de un orden o de una micro-política. Este tipo de orden solo es posible como control y al mismo tiempo como generación de una cultura y un consenso de clase media”.³

En Montevideo, en cambio, no son las políticas de patrimonio las que marcan la tónica de la organización del espacio público. Si se toma como caso de estudio *La Rambla*, gigantesca obra de ingeniería iniciada en los años veinte del siglo pasado cuyas premisas arquitectónicas fueron: “conectar eficientemente la península y los barrios costeros, continuar el centro de la ciudad hacia la costa, proporcionar a la población de la Ciudad Vieja un paseo marítimo, otorgar a la “ciudad de turismo” un poderoso atractivo y regularizar y embellecer el sector sur de la ciudad” (Álvarez, Huber y Silva, 2004: 69).

La Rambla es un caso paradigmático, en tanto sirve de ejemplo donde se hallan contenidas una serie de regulaciones sobre la producción de espacios urbanos genéricos. Este malecón es un espacio público diseñado desde intereses económicos y de poder que buscan construir un paisaje donde se hace necesario realizar una reorganización social del espacio urbano, cuyo concepto clave es la exclusión de grupos desprovistos de poder.

El trazado de la Rambla Sur transformó en leyenda una parte de la historia montevideana. Una impresionante operación de expropiaciones que

³ El término emblema es manejado en el sentido que le otorga Armando Silva. El texto es citado varias veces en el cuerpo del artículo.

involucró 929 fincas, en un total de 109.406 metros cuadrados, arrasó con el Bajo —con legendarias calles del vicio, Yerbál y Santa Teresa— y una parte del Barrio Sur. En noviembre de 1929 fueron desalojados de los dos últimos lupanares, se demolieron casas, se rellenó el terreno y por La Rambla la ciudad comenzó a escurrirse hacia el este. El Bajo había sido hasta ese momento el barrio prostibulario, la zona roja de Montevideo, donde “se aprovecha hasta un agujero para instalar un prostíbulo”, al decir de Ramón Collazo. Allí, probablemente, se bailaron los primeros tangos.

Enfocadas así, las políticas urbanas en los países de América Latina adquieren una consistencia y especificidad que permite dar cuenta de los procesos de reorganización del espacio público. A modo de hipótesis, se puede sostener que en los casos descritos, los imaginarios del miedo, las geografías de la violencia y los actores sociales estigmatizados por la inseguridad ciudadana se relacionan con las políticas de producción y control del espacio urbano.

La idea principal de esta afirmación es que los imaginarios del miedo son parte de las representaciones sobre violencia fijada histórica y culturalmente. En el caso de los países latinoamericanos, dicha representación se caracteriza por contener una serie de “teorías” sobre delincuencia, entre las que sobresale la llamada teoría de la “ventana rota” vinculada al discurso del urbanismo.

La “teoría de la ventana rota” es una explicación criminológica de la delincuencia que establece una relación causal entre urbanismo y delincuencia. La tesis fundamental de esta teoría sostiene que infracciones menores como el vandalismo, el mendigar, el embriagarse, la falta de iluminación, el deterioro de la infraestructura urbana o el graffiti “sí no son controladas a tiempo en el marco de la comunidad, generan una cadena de respuestas sociales desfavorables, por las cuales un vecindario decente y agradable puede transformarse en pocos años y hasta en pocos meses en un atemorizante gueto” (Sozzo, 2000).

Máximo Sozzo (2000) explica que desde esta perspectiva el “deterioro urbano” genera desapegos respecto de la comunidad, incluso su abandono. La consecuencia es una desactivación de los mecanismos de control social informales, generando delitos

cada vez más graves y una mayor sensación de inseguridad. De este modo, *urbanismo y seguridad* se confunden en la idea de *ornato* entendida como un principio de ordenamiento urbanístico que emerge en la modernidad. El ornato es un modo de vivir y dividir el mundo; además es un dispositivo de poder que permite ordenar y administrar a las cosas y a las personas. (Kingman, 2006).

En esta línea, urbanismo y criminología se confunden conforme se acercan a la economía y/o el derecho; ambos se convierten en mecanismos estabilizadores y organizaciones de mercados de consumo masivo como el turismo o el mercado inmobiliario y del orden social. Los dos discursos (urbanismo y seguridad) son parte de una misma estrategia de poder que tiene por objetivo controlar el espacio público. Así, la arquitectura se convierte en un dispositivo físico de seguridad usado ideológicamente en procesos de exclusión social.

Lo que distingue los casos de Quito y Montevideo, y por eso los hace paradigmáticos en el sentido apuntado es que en el caso de ciudades donde la noción de patrimonio se encuentra anclada en una “historiografía deshistorizada” (Quito), la estrategia de poder confunde urbanismo y seguridad en función de espacios organizadores de la memoria colectiva; mientras en casos como el de Montevideo se observa que la relación entre arquitectura y policía, en el sentido amplio del término, se establece en el marco de discursos sobre “identidad”, independientemente de que el paisaje sea inventado sin ningún correlato con forma alguna de tradición histórica (Andrade, 2006).

4. Conclusiones

En este ensayo se ha intentado establecer la procedencia de los imaginarios del miedo, recurriendo para ello al análisis de las percepciones de inseguridad y la relación entre urbanismo y seguridad. Con este trabajo se pretende localizar el miedo en la ciudad, mostrar la manera en que su existencia social depende de campos de poder, identificables y concretos, como la estadística, los medios de comunicación y la arquitectura urbana.

La comparación de percepciones entre ciudades, dos de la región andina y dos del cono sur ha permitido distinguir procesos constantes de

producción social del miedo. Uno marcado por los efectos de las cifras sobre violencia, donde la estadística se convierte en el correlato de la inseguridad, concentrando el miedo en determinados lugares de la ciudad y creando un clima adverso al disfrute del espacio público.

La segunda arista de análisis muestra la manera en que urbanismo y seguridad pública convergen en el proceso de construcción y reconstrucción de la ciudad. También es posible observar la manera en que el miedo es enunciado en campos de fuerza signados por políticas públicas concretas; por ejemplo, aquellas relacionadas con el patrimonio, y mercados específicos del turismo y la especulación inmobiliaria. Adicionalmente, esta sección permite comprender la manera en que urbanismo y seguridad pública son componentes de una estrategia de poder más amplia encomienda a controlar el espacio urbano.

Desde la perspectiva planteada, el miedo es un producto social inscrito en estructuras y dinámicas urbanas concretas. El miedo, además de ser un fenómeno psicológico, es un hecho social que se comprende desde procesos políticos y culturales históricamente situados. En el caso de América Latina, dichos procesos responden, en gran medida, paradójicamente al discurso sobre la seguridad pública y ciudadana; así como al monopolio de la violencia simbólica ostentada por los medios de comunicación masiva.

En este sentido, la estadística sobre seguridad ciudadana ha afectado las percepciones de inseguridad entre los habitantes de las ciudades, lo cual resulta preocupante, en tanto, la información que se produce a nivel local sobre violencia generalmente depende de datos policiales o judiciales. Cifras que terminan influyendo en la definición de agendas de política pública y de investigación social.

En el caso de la relación urbanismo y seguridad se puede afirmar que su cercanía, si bien no tiene por qué ser necesariamente negativa, en los casos estudiados evidencia que su dependencia de economías privadas las ha convertido en mecanismos de exclusión y marginación social. Si bien los procesos de casos de Quito y Montevideo son diferentes, siendo el último más cercano al que atraviesa Guayaquil los últimos años, en ambos se observa que la lógica del

mercado se imponen a la lógica ciudadana, lo cual es negativo para la construcción de democracias equitativas y participativas.

5. Referencias Bibliográficas

- Aguirre, M., Carrión F. y E. Kingman (2005). *Quito Imaginado*. Bogotá: Taurus. Quito: Universidad Nacional de Colombia – Convenio Andrés Bello – FLACSO Ecuador.
- Álvarez, L. y C. Huber (2004). *Montevideo Imaginado*. Bogotá: Taurus – Universidad Nacional de Colombia – Convenio Andrés Bello – FLACSO Ecuador.
- Artigas, A. et al. (2002). “Transformaciones socioterritoriales del área metropolitana de Montevideo”. *EURE*, 28, 85: 151-170.
- Bourdieu, P. (1999). *Razones Prácticas. Sobre la teoría de la acción*. Barcelona: ANAGRAMA.
- Carrión, F. (ed.) (2000). *Desarrollo cultural y gestión en centros históricos*. Quito: FLACSO-Ecuador.
- Foucault, M. (1976). *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la Prisión*. México: Siglo XXI.
- Granovetter, M. (1985). “Economic action and social structure: the problem of embeddedness”. *American Journal of Sociology*, 91, 3: 481-510.
- Judd, D. (1995). “The rise of the new walled cities”. Liggett, H. y D. Perry (eds.), *Spatial Practices*. Thousand Oaks: Sage, 144-166.
- Kingman, E. y A. Goetschel (2005). “El patrimonio como dispositivo disciplinario y la banalización de la memoria: una lectura desde los Andes”. Carrión F. y L. Hanley (eds.), *Regeneración y revitalización urbana en las Américas: hacia un Estado estable*. Quito: FLACSO- Ecuador-WWICS-USAID, 97-109.
- Ossa, C. y N. Richard (2004). *Santiago Imaginado*. Bogotá: Taurus – Universidad Nacional de Colombia – Convenio Andrés Bello – FLACSO Ecuador.
- Sennett, R. (1978). *El declive del hombre público*. Barcelona: Península.
- Silva, A. (2003) *Bogotá Imaginada*. Bogotá: Taurus – Universidad Nacional de Colombia – Convenio Andrés Bello – FLACSO Ecuador.
- Silva, A. (2004). *Imaginario Urbano: hacia el desarrollo de un urbanismo desde los ciudadanos*. Bogotá: Convenio Andrés Bello – Universidad Nacional de Colombia.